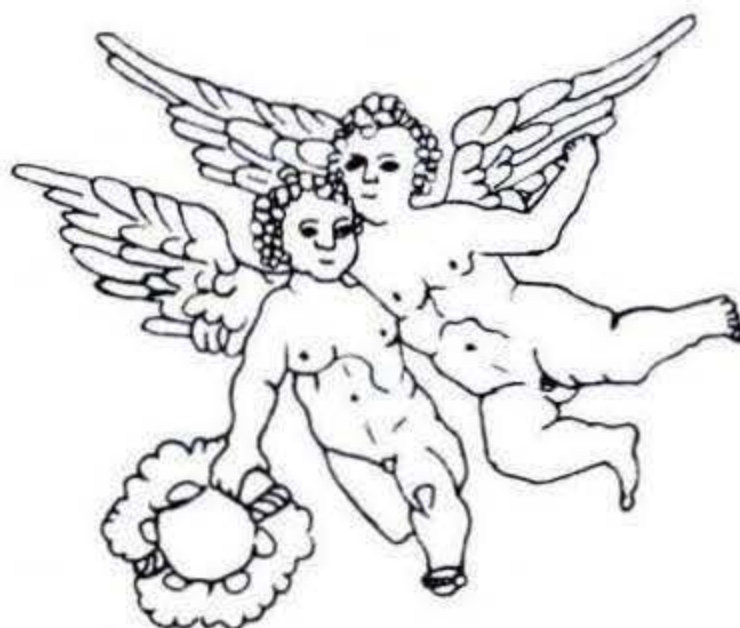


aprendizaje forzoso en Bogotá; desde las ferias industriales a las sociedades filantrópicas y a una escuela nacional de minas. Pero las iniciativas se enfrentaron al repetido cambio de orientación política, a la rivalidad entre la capital y las provincias en materia educativa y, por supuesto, a la difícil situación del erario.

A mediados de siglo, el gobierno del general Tomás Cipriano de Mosquera anunció la posibilidad de cambio. Las exportaciones de tabaco aumentaron. Mosquera impulsó el progreso económico mediante una política estatal más intervencionista en los transportes y una mejor gestión del Estado. En la educación prevaleció idéntico espíritu. Mosquera lanzó un programa para promover las ciencias académicas, entre cuyos puntos figuraban la contratación de profesores extranjeros, la compra de laboratorios y la financiación de la misión geográfica del italiano Agustín Codazzi, lo cual implicó erogaciones considerables. Sin embargo, la innovación más duradera del régimen de Mosquera fue el establecimiento del Colegio Militar, orientado hacia la ingeniería civil.

Siguieron cinco lustros de *laissez-faire* y de descentralización, que Safford califica de "ocaso del neoborbismo", durante los cuales el gobierno nacional se desinteresó de la instrucción técnica y científica. Se esperaba fomentar una mayor competencia entre los colegios provinciales y los tres colegios de la nación (sitios en Bogotá, Popayán y Cartagena), con el resultado de mejorar el nivel general de la educación. La realidad fue bien distinta: en un período de intensa lucha política, los colegios públicos decayeron por falta de apoyo estatal o provincial, lo que redundó en beneficio de los colegios privados. Simultáneamente la elite empezó a solucionar el problema de la falta de una educación técnica satisfactoria mandando sus hijos a estudiar a Europa y a los Estados Unidos.

A partir de 1880, la economía colombiana empezó a progresar gracias al desarrollo del cultivo del café. De repente hubo una real demanda de carreras técnicas: la construcción de las primeras líneas de ferrocarriles



y la modernización de las ciudades y de los puertos requerían ingenieros y técnicos. El régimen centralista de la Regeneración, presidido por Rafael Núñez, respondió a la nueva demanda con la creación de escuelas de artesanos y la reapertura del Colegio Militar, el cual contribuyó de manera decisiva a la formación de un cuerpo de ingenieros nativos.

A fines de siglo, científicos e ingenieros colombianos se unieron para promover el desarrollo técnico en el país y proteger su profesión de la competencia de extranjeros. Aunque limitada, por fin existía una comunidad técnica nacional lista para adaptar la ingeniería (más que la ciencia) occidental a las necesidades colombianas.

El triunfo de los ingenieros se notará todavía más en el siglo XX, con el acceso a la presidencia de la república de varios ingenieros: Pedro Nel Ospina, Mariano Ospina Pérez, Laureano Gómez, el general Gustavo Rojas Pinilla y, hoy en día, Virgilio Barco Vargas. Es la prueba de que el ideal de lo práctico hizo camino en la elite. Pero, concluye Safford, mientras tanto "los técnicos de nivel inferior y los trabajadores manuales aún carecen de *status* y, por consiguiente, los expertos de nivel superior continúan manteniéndose muy distanciados del proceso de producción" (pág. 366). La sociedad colombiana sigue marcada por profundas divisiones sociales, las cuales se reflejan en la distancia que existe entre una formación técnica universitaria todavía señalada por los valores aristocráticos y una práctica industrial todavía menospreciada.

Safford fundamenta su estudio en abundantes fuentes manuscritas e impre-

sas. Entre ellas se destacan los documentos personales de promotores de lo práctico, como el general Pedro Alcántara Herrán y José Manuel Restrepo; una variada correspondencia privada, periódicos y boletines relacionados con la educación, la agricultura, la industria y el comercio, memorias e informes de varios despachos del gobierno. Aun cuando el estudio se enfoca principalmente hacia el país en general y Bogotá, está complementado por fuentes regionales.

Naturalmente, *El ideal de lo práctico* presenta algunas imperfecciones. Tal vez la mayor sea que Safford no haya persistido con igual dedicación en el enfoque de *histoire totale*, que tan magistralmente utiliza para los años 1760-1845, al estudiar la segunda mitad del siglo XIX. La segunda imperfección se debe, sin duda, a la evolución que ha experimentado la investigación histórica durante los trece años que separan la publicación de la obra original de su traducción española: seguramente, hoy Safford trataría también de restituir para el lector la visión que los de abajo —los artesanos, los obreros técnicos y los pequeños industriales— tenían de la realidad de lo práctico. Pero estas son críticas respecto a detalles. La obra de Safford sigue siendo hoy la única que analiza, con tanta precisión y tantos matices, la complejidad de la relación entre el desarrollo económico y la educación técnica y científica en el contexto latinoamericano del siglo XIX.

ALINE HELG

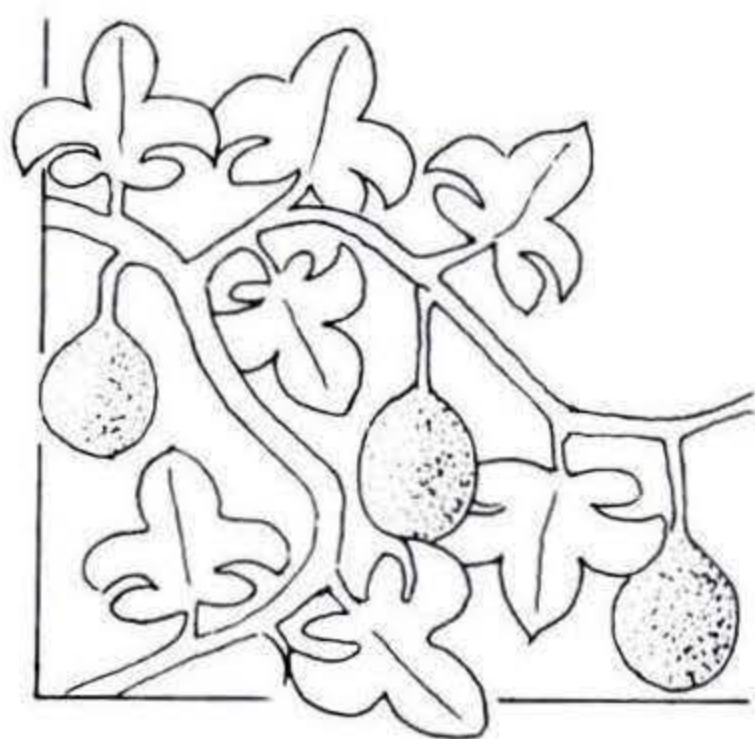
## ¿Cuál es el pecado original de este gran Macondo?

Antología del pensamiento colombiano  
Alberto Zalamea  
Banco de Colombia, Bogotá, 1989, 271 págs.

Alberto Zalamea es uno de los periodistas más lúcidos de la Colombia contemporánea. Desde los cincuenta



y sesenta, cuando encarna la revista "Semana" —fundada por Alberto Lleras— y "La Nueva Prensa" —donde apareció por entregas ese clásico de hoy 'Los grandes conflictos socio-económicos de Colombia' de Liévano Aguirre— hasta estos días en que gozamos de su columna semanal en El Tiempo; con un paréntesis en la diplomacia que lo llevó a Italia, Costa de Marfil y Venezuela, la labor intelectual de Zalamea ha significado una fehaciente fuente de la más rigurosa interpretación de nuestra política y nuestra historia.



La introducción de este volumen "Meditación de Colombia" corrobora los kilates de esta inteligencia, de este oficio de intelectual que no renuncia al análisis, a la indagación y a las preguntas: "¿...qué es este país donde el prodigio se vuelve natural, donde estirpes largas y complejas de pensadores de todas las orillas entrelazan realidad y fabulación, mito y verdad? ¿Qué incita a sus habitantes a una nostalgia irresistible y feroz de un pasado abolido? ¿Cuál es el pecado original de este gran Macondo que nos circunda y nos llena al mismo tiempo? ¿Cómo descifrar esta tierra incógnita, tentada a veces por la estolides sin historia de los pueblos más primitivos y orgullosa otras, como en la asunción de Remedios la Bella, de su desbordada imaginación. Busquemos la extraviada concha vacía cuyo rumor ancestral nos ayude a descifrar el jeroglífico acústico de un sordo pretérito. Tratemos de rehacer la comedia humana de nuestra historia, una historia donde el tiempo parece no transcurrir y donde se repite día y noche el flujo y reflujo de las mismas palabras y los mismos actos, en un

ciclo vital de nacimientos y muertes, victorias y frustraciones, amores y guerras, reflejadas en el oscuro espejo de un pasado siempre presente".

Este volumen es ese "oscuro espejo" que refleja las "estirpes largas y complejas de pensadores de todas las orillas", este libro es así, una aproximación a la dura esencia del ser colombiano y a su larga lucha ideal por encontrarse a sí mismo. La recopilación de estos textos admirables quiere ser un índice de temas, un glosario de aperturas, una discusión abierta a todas las tentaciones intelectuales, un flash sobre nuestra historia que sirva a nuestro necesario examen de conciencia cultural, una meditación sobre Colombia".

La emocionada prosa de Zalamea es la llave de entrada a este lujoso volumen auspiciado por el Banco de Colombia, dividido en cinco capítulos, precedidos de sendas notas interpretativas de épocas y personajes, y debidas a escritores de nuestro tiempo.

El constitucionalista Luis Carlos Sáchica es el encargado de hacer la introducción al primer capítulo, titulado "La alborada de la república". "Estos documentos —dice Sáchica—, los de Nariño, Caldas, Torres y Bolívar tienen la frescura de un amanecer, son el despertar de la nación. Están surcados de presagios, de intuiciones, escritos como están con la esperanza de los anticipos y la alegría de las vísperas. En conjunto su tema es la consideración del ser y del modo de ser de un país nuevo. Parecen una revelación, un descubrimiento. Son afirmativos. En ellos se reconoce, se justifica y se deja a la puerta de la historia a una patria que está por hacer". Este capítulo contiene entre otros documentos, los siguientes: La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, en la versión de Antonio Nariño, el Memorial de Agravios de Camilo Torres, la Declaración de Independencia del 20 de julio de 1810, apartes de la geografía de Caldas y el Acta de Independencia del Socorro.

El capítulo segundo contiene un recorrido documental por la vida pública de Bolívar, desde el manifiesto de Cartagena de 1812 y de la declaración de guerra a muerte del

mismo año, hasta la última proclama del 10 de diciembre de 1830.

El periodista y académico Germán Arciniegas era, sin duda el más indicado prologuista a la colección de documentos del General Francisco de Paula Santander que comprende el capítulo tercero. Un político liberal Otto Morales Benítez, se encarga del período que abarca la mitad del siglo pasado hasta 1885: el radicalismo; en este cuarto capítulo figuran documentos de Florentino González, Murillo Toro, José Hilario López, Mosquera, Núñez, Miguel Samper, Salvador Camacho Roldán y Abel Naranjo Villegas. Paritariamente un escritor conservador se encarga de prologar el quinto capítulo que trata de una época regida por ese signo político: de las guerras civiles a la regeneración, que contiene textos de José Eusebio y Miguel Antonio Caro, Sergio Arboleda, Rafael María Carrasquilla, Ospina Rodríguez y Rafael Núñez.

Esta Antología del Pensamiento Colombiano termina con bibliografías y tablas cronológicas. En la sobria belleza de este libro de colección merece destacarse el soberbio trabajo de investigación iconográfica acerca de los autores y los personajes involucrados en el texto que con su colorido ameniza la prosa de nuestros pensadores políticos. El aporte gráfico se complementa con la inclusión de pinturas, grabados y fotos de escenarios y símbolos de la nacionalidad.

Este libro, como se ha visto, recoge con excelente criterio la parte más esencial de la literatura política del siglo XIX. Nos queda debiendo Alberto Zalamea idéntica labor para este confuso y agonizante siglo XX.

JOSE SÁNCHEZ